

Francesco Maselli, Baptiste Roger-Lacan

«Estamos en la era del post-algo», una conversación con el historiador del fascismo Emilio Gentile

El Grand Continent, 23 de abril de 2023.

Mientras la Italia de Giorgia Meloni se debate en torno a la celebración del 25 de abril, hablamos largo y tendido con Emilio Gentile, el principal historiador del fascismo italiano. En un momento en que resulta cada vez más difícil definir los fenómenos políticos, pide que se vuelva al rigor de la investigación para evitar el riesgo de una "democracia confusa".

¿La idea de «religión política», que constituye el núcleo de su trabajo, es específica de los fascismos? ¿O es un rasgo común a todos los regímenes totalitarios?

Creo que es un rasgo común a todos los regímenes totalitarios, que también fueron analizados de este modo en los años 1930 y 1940, y posteriormente. Suelo utilizar términos que tomo directamente de la historia; ya en mayo de 1924, Iginio Giordani, católico militante del Partido Popular, hablaba de religión política fascista. Un año antes, con ocasión de la celebración del primer aniversario de la Marcha sobre Roma, un liberal laico, Giovanni Amendola, el mismo que había acuñado la expresión «sistema totalitario» en 1923, describía el fascismo como un movimiento promotor de una guerra religiosa.

Sin embargo, debo subrayar que la religión política, tal y como yo la entiendo, es la manifestación de un fenómeno mucho más amplio, que denomino sacralización de la política, es decir, la atribución a la política de funciones propias de la religión, que definen el sentido y la finalidad de la vida humana en la historia. Esto tiene lugar a través de la elaboración de mitos y rituales que ya pueden observarse desde el siglo XVIII en las revoluciones democráticas, primero en América con el nacimiento de los Estados Unidos, y sobre todo en Europa con la Revolución Francesa.

La sacralización de la política se desarrolló después con el nacionalismo y el socialismo, para llegar finalmente a las religiones políticas del totalitarismo. Sin embargo, hago una distinción analítica entre la religión civil tal como se manifiesta en los países democráticos, Estados Unidos y Francia, y la religión política típica de los regímenes totalitarios, que rechazan la coexistencia con movimientos e ideologías políticas antagónicas imponiendo la ideología dogmática y excluyente del partido único.

Para algunos historiadores, el totalitarismo sería un vaciamiento de la democracia tal como nació a finales del siglo XVIII. ¿Qué opina al respecto?

Soy bastante estricto en cuanto al hecho de que los términos deben utilizarse en el periodo y para los fenómenos de los que proceden. Por supuesto, uno puede buscar en el pasado aspectos que puedan preparar lo que ocurrió después, pero no me parece convincente, por ejemplo, la noción de «democracia totalitaria» acuñada por Jacob Talmon y aplicada al jacobinismo, o la interpretación de Karl Popper de Platón como totalitario, por muy sugerente que sea el término. El totalitarismo nació en un contexto particular de la historia europea, después de la Primera Guerra Mundial, y fue precedido por fenómenos que contribuyeron a su formación: la afirmación de la organización de las masas, los partidos revolucionarios y, sobre todo, la experiencia de la movilización total durante la Gran

Guerra y las guerras civiles que siguieron, como en Rusia en 1917 y en Italia después de 1919. Todos estos nuevos aspectos pertenecen a la época en que, hace cien años, en Italia, algunos antifascistas acuñaron el nuevo adjetivo de «totalitario», seguido más tarde por el sustantivo totalitarismo.

Me opongo, por tanto, al uso anacrónico de conceptos historiográficos, o incluso a la anticipación del totalitarismo en la época faraónica o en la democracia ateniense. En el totalitarismo, el elemento fundamental es un partido que pretende identificarse con la comunidad y tener el monopolio del poder. Este elemento no se encuentra hasta la época de la aparición de los partidos de masas.

Usted ha dicho que el totalitarismo apareció después de la Primera Guerra Mundial. En su opinión, ¿se trata de un concepto que puede seguir utilizándose hoy para describir, por ejemplo, el régimen chino, o cree que tenemos que encontrar otro término que sea más eficaz?

Creo que este término puede utilizarse para todos los regímenes nacidos en la estela del comunismo leninista-estalinista que sobrevivieron al colapso del imperio soviético, conservando las características del partido único que encarna a la colectividad nacional, con la pretensión de expresar y llevar a cabo todo lo que redunde en interés de la comunidad, como sigue siendo el caso en China o Corea del Norte.

Aunque en estos regímenes se hayan atenuado ciertas características del totalitarismo, por ejemplo la voluntad de regenerar al ser humano y crear un hombre nuevo. Esto se vivió en China con Mao hasta la Revolución Cultural, y después China, aunque conservó las estructuras políticas de un régimen totalitario, ya no parece haber tenido ningún interés en crear un nuevo chino, totalmente diferente de la humanidad del Occidente capitalista. El hombre nuevo que se desarrolla en China es un chino perfectamente integrado en el mundo industrial de la globalización, y que tiene la característica de coexistir con el comunismo; con, además, un nacionalismo, ya injertado en el comunismo ruso desde el periodo estalinista.

Usted ha trabajado sobre el concepto de «fascismo de piedra». Mientras que en Alemania hay pocas huellas visibles del nazismo, en Italia los vestigios arquitectónicos del fascismo, como edificios o esculturas, son numerosos, más allá de la destrucción al final de la guerra. ¿Cómo explica esta capacidad de supervivencia?

Creo que se explica en primer lugar por la calidad estética de las huellas arquitectónicas del fascismo y la originalidad de su eclecticismo modernista-clásico, de las que carecía la arquitectura del nazismo, congelada por el gusto estético de Hitler. Además, los principales y mejores arquitectos que trabajaron para el régimen fascista, expresando su adhesión entusiasta, siguieron produciendo obras imponentes e importantes después de 1946, negando su adhesión fascista, o justificándola por el carácter técnico y no ideológico de su trabajo al servicio del régimen. Justificaciones similares dieron innumerables hombres de cultura, filósofos, juristas, historiadores, científicos, que durante los veinte años del período fascista ocuparon cargos y honores por su colaboración con todas las políticas del régimen.

Pero, ¿existe una razón más fundamental por la que el nazismo y el fascismo recibieron un trato diferente tras la Segunda Guerra Mundial y por la que sobrevivieron?

Otra consideración es la diferente imagen póstuma de los dos regímenes, a saber, el hecho de que el fascismo no cargó con la responsabilidad directa del genocidio y el exterminio masivo. Es cierto que el régimen italiano también llevó a cabo exterminios en Libia, Etiopía y los Balcanes ocupados, pero estas masacres no fueron de la misma magnitud que las del nazismo. A ello se suma la actitud de la opinión pública y de la política en la inmediata posguerra, que produjo una *desfascización del fascismo*, presentándolo como un régimen bufonesco pero cruel, impuesto a un pueblo hostil por una panda de criminales y sinvergüenzas, violento, codicioso, aprovechado, sin ideología, sin cultura y sin consenso.

Ya en 1944, un antifascista anónimo afirmaba que el fascismo nunca había existido realmente porque no había ideología fascista, ni Estado fascista, ni economía fascista, sino sólo el mussolinismo, la dictadura personal de un demagogo ambicioso e histriónico, acompañado de un séquito de siervos obedientes. Algunas de estas fórmulas negativas también fueron adoptadas durante décadas por los académicos, que las repitieron como si fueran una interpretación realista del fenómeno, olvidando todo lo que el fascismo había sido como partido armado y como régimen totalitario.

Hay otra razón para la desfascización del fascismo, promovida, aunque con fines opuestos, por los veteranos del fascismo que dieron origen al movimiento neofascista. Tras un breve periodo de purgas y juicios, la mayoría de los responsables del régimen fascista y de la República Social recobraron la libertad, gracias también a la amnistía decidida por Palmiro Togliatti, ministro de Justicia. Los grandes jefes fueron juzgados, pero no hubo condenas a muerte ni a cadena perpetua, y tras un periodo de encarcelamiento, cuando no fueron absueltos, reanudaron su participación en la vida pública, con el nacimiento del Movimiento Social Italiano. En Italia hubo muchos veteranos del fascismo que pudieron reanudar su actividad política libremente, recordando explícitamente el fascismo, pero actuando en el marco de la república antifascista y democrática. Estas personas participaron en las elecciones políticas, estuvieron representadas en el Parlamento, sin que se les aplicara nunca la ley Scelba, que prohíbe la reconstitución, bajo cualquier forma, del partido fascista. Elegidos democráticamente, los neofascistas administraron municipios, ciudades, provincias, regiones. Hoy, los descendientes políticos de los antiguos combatientes fascistas, que certifican, con convicción o por estrategia, que se han desprendido de sus raíces neofascistas, han llegado al gobierno por vía democrática; están presentes en los gobiernos de Silvio Berlusconi desde 1994.

Buscar las causas del fascismo es un ejercicio interminable. ¿Es posible buscarlas en el apocalipsis de la modernidad? ¿Primero como pesadilla, como distopía, antes de la Primera Guerra Mundial, y luego como realidad que se concretó durante la guerra?

El fascismo que marcó la historia del siglo XX nació después de la Primera Guerra Mundial, con el escuadrismo. El 23 de marzo de 1919 nacían los *Fasci di Combattimento*, un movimiento republicano, anarquista, anticlerical y libertario que reclamaba el sufragio universal masculino y femenino, la máxima descentralización del Estado, la abolición del Senado y una Asamblea Constituyente. Se inspiró en la experiencia de los *fasci* intervencionistas de preguerra, nacidos de una franja de la izquierda revolucionaria, sindicalista y republicana. En 1919, el movimiento de Mussolini se distinguió con algunas hazañas violentas y ruidosas, pero seguía siendo minúsculo: según los datos oficiales de la secretaría administrativa de los *fasci di combattimento*, en diciembre apenas contaba con ochocientos miembros en toda Italia, que se convertirían en unos diez mil a finales de 1920.

Se trataba, pues, de un fenómeno marginal, al menos en aquella época. Sólo después de 1920, con el nacimiento del escuadrismo, el fascismo comenzará y marcará la historia.

Hay que subrayar que la *squadrista* fascista, como movimiento de masas, no fue una creación de Mussolini, sino un fenómeno nacido en las provincias del valle del Po, donde predominaba el partido socialista, con sus ligas y su control sobre los municipios y la clase obrera en su conjunto. Fue un movimiento militarizado y armado, cuya matriz fue sin duda la Gran Guerra.

Si la guerra se vivió efectivamente como un apocalipsis de la modernidad, no fue en forma de pesadilla, sino con una exaltación dionisiaca, en la convicción, por parte de Mussolini y de los fascistas, de que al apocalipsis debía seguir una “apocatástasis” es decir, un nuevo orden de la nación, regenerado por la guerra, en el que se forjaba una nueva aristocracia de jóvenes superhombres, destinada a tomar el poder y construir un nuevo Estado, una nueva gran Italia imperial.

¿Esta es, pues, la novedad del fascismo: su carácter de partido armado?

En la Europa de los años 1920 había muchas organizaciones políticas paramilitares, sobre todo en Europa Central y Oriental, pero muchas de ellas duraron poco. En 1922, sólo había un partido de masas en Italia; no sólo tenía una organización militar, sino que era un partido miliciano en su ideología, mentalidad, cultura y estilo de vida y acción. Era nacionalista, antisocialista, antiliberal y antidemocrático. Consideraba enemigos a los demás partidos y destruía sus organizaciones mediante la violencia. Entre una miríada de organizaciones paramilitares diseminadas por el continente europeo tras la Gran Guerra, el fascismo fue el único partido de milicia de masas que consiguió hacerse con el poder. Esto se debió principalmente a que era un partido armado, no sólo porque Mussolini fuera su *duce*.

Usted dice que el fascismo creó al Duce y no al revés, una consideración difícil de adaptar al nazismo. ¿Cómo es posible?

Es necesario recordar aquí una diferencia fundamental entre los fundadores y los líderes de los regímenes totalitarios: Lenin creó el bolchevismo y murió bolchevique; Hitler creó el nacionalsocialismo y murió nacionalsocialista. Analicemos el nazismo. Adolf Hitler se convirtió en el Führer indiscutible del Partido Nacional Socialista a partir de 1920 y, a pesar de los desacuerdos internos, fue siempre el líder oficial del partido durante la década siguiente. Mussolini, por su parte, nació como socialista marxista revolucionario, se convirtió en nacionalista revolucionario y luego en fascista republicano a finales de 1914. Fundó los *Fasci di combattimento* en 1919, pero hasta 1926, cuando se institucionalizó el partido único, Benito Mussolini nunca estuvo formalmente a la cabeza del fascismo como movimiento y partido. Además, mientras que Hitler, a partir de 1920, viajó por toda Alemania pronunciando discursos para fomentar la expansión de su partido, que fue el principal factor de su éxito, Mussolini no fue el principal artífice de la transformación del fascismo en un movimiento de masas. Tras la fundación de los *Fasci*, no se dedicó al desarrollo organizativo, ni viajó por la península para reclutar nuevos militantes. Hizo propaganda principalmente con su periódico *Il Popolo d'Italia*, que sólo tenía unos pocos miles de lectores.

Además, Mussolini entró a menudo en conflicto con otros líderes fascistas. En particular, en julio de 1921, tras apoyar e incitar a la violencia de los escuadristas, propuso la paz con los socialistas, la desmilitarización de la escuadra y la constitución del fascismo como

partido parlamentario, planteando incluso la hipótesis de una alianza gubernamental con el partido socialista reformista y el partido popular. Luego pretendió ser reconocido como el *duce* del nuevo fascismo de masas, pero chocó con los dirigentes escuadristas, que se oponían a la pacificación y sobre todo a la desmilitarización.

¿Cómo consigue entonces Mussolini encarnar el liderazgo del fascismo?

Al proponer la pacificación, Mussolini dijo que la guerra civil en Italia debía terminar. Veía una oportunidad política por delante. Estaba convencido de que la masa de escuadristas no habría podido ganar el poder si hubieran continuado con el sistema de violencia, porque en el verano de 1921, cuando la poderosa organización del Partido Socialista, el principal partido en el parlamento de 1919 a 1921, había sido destruida, esta vía era demasiado arriesgada. Mussolini es un hombre que no se atreve a dar saltos en el vacío. Es un táctico, que evalúa antes de actuar si hay obstáculos peligrosos, y cuando hay un obstáculo, prefiere rodearlo. No esperaba que el mayor obstáculo fuera la masa de escuadristas con sus líderes. Mussolini fue entonces violentamente desafiado por los escuadristas, que corearon contra él: «El que ha traicionado, traicionará», en referencia a la traición de Mussolini al Partido Socialista cuando en 1914, tras predicar la neutralidad absoluta, optó por el intervencionismo. En agosto de 1921, Mussolini dimitió de la dirección del movimiento, acusó al fascismo de no ser más que una reacción violenta y amenazó con destruirlo después de haberlo creado. Pero los rebeldes no cedieron.

Este es un momento muy importante en la historia del fascismo, que se subestima como un episodio de conflicto interno más aparente que real. En ese momento, el destino de Mussolini y del fascismo podría haber girado en una dirección ruinosa. Nos encontrábamos ante un movimiento de masas que ahora controlaba gran parte del centro y norte de Italia exclusivamente por la fuerza armada de las escuadras, con un consenso popular limitado, ya que sólo contaba con 35 diputados, pero que en ese momento corría el riesgo de desintegrarse. De ello estaban convencidos todos los antifascistas que, ante la rebelión de los fascistas contra el *duce*, preveían el inevitable fin político de Mussolini y del fascismo.

Aquí es donde entra en juego la habilidad táctica de Mussolini. Llevaba una década en la escena nacional, primero como líder efectivo del Partido Socialista de 1912 a 1914, luego como uno de los líderes del intervencionismo y, finalmente, como uno de los líderes de la lucha contra el bolchevismo en 1919-1920. Los otros líderes del fascismo, Farinacci, Grandi, Balbo, Renato Ricci, eran jóvenes desconocidos que se convirtieron en figuras muy poderosas en las provincias gracias al escuadrismo, pero que no tenían resonancia nacional. Ante el riesgo real de desintegración, fue Mussolini quien decidió sortear el obstáculo cediendo a la voluntad de los rebeldes. Se produjo una especie de intercambio: Mussolini se vio obligado a aceptar la constitución del fascismo como partido armado, que querían los escuadristas, y renegó del pacto de pacificación firmado con los socialistas, exaltando la violencia como arma política. Por su parte, los dirigentes escuadristas reconocieron que Mussolini era la única figura nacional capaz de mantener unido al fascismo. Pero ni siquiera entonces se reconocía a Mussolini como líder indiscutible del fascismo. El líder del Partido Nacional Fascista es Michele Bianchi, y lo sigue siendo hasta que Mussolini toma el poder. Ni siquiera la marcha sobre Roma fue deseada desde el principio por Mussolini, que vaciló hasta el 26 de octubre, cuando Bianchi propuso un gobierno de Mussolini como forma de chantaje contra el rey y los dirigentes liberales. Hasta el final, Mussolini habría aceptado participar en un gobierno dirigido, por ejemplo, por Giovanni Giolitti, que era la

persona del antiguo régimen a la que más temía, porque había expulsado a cañonazos a D'Annunzio de Fiume. La marcha sobre Roma terminó no con un compromiso, sino con un chantaje, sufrido por el rey y la vieja clase dirigente, que dio poder al fascismo, pero no condujo a la restauración del régimen liberal.

¿A partir de qué elementos podemos discernir la influencia de los dirigentes escuadristas sobre Mussolini, que llegó a ser Primer Ministro?

Incluso después de la marcha sobre Roma, Mussolini no fue reconocido por los dirigentes escuadristas como el *duce* indiscutible. Al contrario, las tensiones entre las bases del fascismo escuadrista y Mussolini como jefe de gobierno continuaron, tanto antes como después del asesinato de Matteotti. Una vez más, los dirigentes escuadristas se impusieron e impusieron, a finales de 1924, el punto de inflexión del 3 de enero, cuando Mussolini, ante el Parlamento, asumió la responsabilidad del asesinato de Matteotti y aceptó la política del fascismo intransigente e integrista, representado por Roberto Farinacci, convertido en secretario del partido. Mussolini sólo consiguió imponer su voluntad en el partido fascista a partir de 1925, cuando, como jefe de gobierno, tomó el control del Estado, de su aparato policial e inició la construcción del régimen totalitario, que fue, sin embargo, la realización de la política integrista preconizada desde la marcha sobre Roma por los dirigentes del escuadrismo, que Mussolini adoptó para imponer su dominio personal sobre el partido.

Por eso digo que hasta 1926, Mussolini es el *duce* que sigue, no el *duce* que precede al fascismo en su ascenso al poder.

Esta respuesta nos lleva convenientemente a su libro, *La historia del fascismo*, en el que usted adopta un enfoque deliberadamente centrado en los acontecimientos, rompiendo con la tendencia a sobreinterpretar el fenómeno fascista. ¿Por qué sintió la necesidad de volver a una lectura tan cuidadosa y meticulosa?

En parte fue una necesidad personal. Después de cincuenta años estudiando el fascismo, aproveché la oportunidad para trazar su historia basándome únicamente en lo que aparecía en los documentos, casi como si fuera un testigo, un observador, un enviado especial, como yo decía bromeando. He intentado dar a la historia del fascismo su carácter dramático, mostrando que su triunfo no era inevitable. Durante mucho tiempo, de 1919 a 1925, hubo una oportunidad para que la historia de Italia, y por tanto la historia de Europa y quizá incluso la historia del mundo, tomara un camino diferente: si los opositores al fascismo hubieran sido capaces de unirse para oponerse a un movimiento que, cuando llegó al poder, tenía una milicia armada pero sólo treinta diputados en el parlamento, quizá habríamos tenido un resultado diferente.

En mi opinión, la historia debe reconstruirse y contarse en el drama de cada momento en que es posible que tome un rumbo diferente, hasta que la victoria de una fuerza dominante hace imposible dar marcha atrás. Es lo que ocurrió con el fascismo. Si no devolvemos a la historia el sentido de su carácter dramático, dada su imprevisibilidad, no hacemos más que la historia de la retrospectiva, de la profecía retroactiva, como yo la llamo, sobre la que podemos construir interpretaciones interminables de lo que fue el fascismo, haciendo preguntas, si hubo una ideología fascista, si hubo una cultura fascista, si hubo un Estado fascista, si el fascismo fue totalitario, que ya tienen respuestas, obviamente negativas. Son preguntas mal planteadas, como habría dicho Francesco De Sanctis, pero que pueden llevarnos, por un lado, a afirmar que el fascismo nunca existió -sólo el mussolinismo- o a

afirmar, desde los años 1990, que el fascismo está volviendo a Italia e incluso al mundo, dando así la razón al *Duce*, que había profetizado en 1932 que el siglo XX sería el siglo del fascismo, continuando a principios del tercer milenio.

Al mismo tiempo, quería mostrar cómo, dentro del propio fascismo, hubo, de 1922 a 1926, un violento enfrentamiento entre sus diferentes facciones: se llegó a hablar de Mussolini contra el fascismo y del fascismo contra Mussolini. El enfrentamiento terminó cuando Mussolini y los extremistas del partido, los intransigentes, acordaron la abolición definitiva del gobierno electoral parlamentario y la eliminación de todos los partidos, comenzando así a construir lo que los antifascistas, a partir de 1923, llamaron el régimen fascista. Pero incluso la historia de este régimen no es en absoluto un camino inevitable, si lo seguimos en su curso histórico sin cortocircuitos retrospectivos. Y del análisis emerge la ambición más monstruosa de Mussolini y del fascismo, a saber, la realización consciente y sistemática de un experimento totalitario, con el objetivo de llevar a cabo una revolución antropológica para transformar al pueblo italiano en una nueva raza de guerreros, conquistadores y gobernantes. Este es el verdadero significado que he encontrado al rastrear la historia del fascismo, especialmente a través de sus guerras.

La dinámica fascismo/antifascismo ha estructurado todo el debate público italiano desde la posguerra hasta hoy. Silvio Berlusconi ha sido acusado de fascismo durante mucho tiempo, al igual que Matteo Salvini, aunque el contexto cultural y político ha sido muy diferente. ¿La participación de la presidenta del Consejo, Giorgia Meloni, que es más de este mundo, en las celebraciones del 25 de abril, hace que este debate esté superado?

Es difícil para mí ser profeta, pero puedo hacer algunas observaciones sobre el presente mirando al pasado.

Cuando hablamos de fascismo y antifascismo, creamos una especie de juego partidista: ha habido fascistas en Italia, han persistido y persisten, en la medida en que hay personas que se proclaman como tales y que consideran el fascismo como un periodo positivo de la historia de los italianos -incluso *el más* positivo-. Dado que todavía existen tales fascistas, hay quienes creen que el peligro fascista sigue presente y que, por lo tanto, debe ser contrarrestado por un antifascismo militante permanente. Así ocurrió, en particular, durante la violenta confrontación de fuerzas políticas de los años 1960 y 1970. Antes de Berlusconi y Salvini, incluso Alcide De Gasperi era considerado un fascista según Palmiro Togliatti, porque el fascismo es en esencia la reacción capitalista contra la emancipación de la clase obrera: por lo tanto, cuando los democristianos en 1947 rompieron la alianza gubernamental con los comunistas, se convirtieron en fascistas.

Lelio Basso, el socialista marxista que acuñó la palabra totalitarismo el 2 de enero de 1925, publicó en 1951 un libro titulado *Dos totalitarismos: el fascismo y la democracia cristiana*. Hubo que esperar hasta 1975 para que el dirigente comunista Giorgio Amendola, hijo de Giovanni Amendola que había acuñado el adjetivo totalitario, se pronunciara contra el uso genérico e indiferenciado de la palabra fascismo, ya que sólo creaba confusión.

Tras el final del fascismo histórico, que marcó profundamente la historia de Italia y también dejó su huella en la historia de Europa y del mundo, el neofascismo en Italia se convirtió en parte integrante de la república antifascista, que en cualquier caso superó en tres veces el período fascista de veinte años. Esto consagra históricamente la victoria definitiva del

antifascismo, que vive institucionalizado en la constitución y en la república democrática, mientras que el fascismo histórico sólo pertenece a la historia. De lo contrario, tendríamos que decir que hoy en Italia tenemos en el gobierno a partidarios del Estado totalitario, del partido único, del corporativismo, de los sindicatos de Estado, de la enregimentación de las masas, de la creación de una nueva raza guerrera italiana y de una política exterior imperialista. Pues eso es lo que ha sido históricamente el fascismo.

Sin embargo, usted está convencido de que la democracia occidental se enfrenta hoy a una crisis muy profunda.

Creo que es la democracia la que ha generado muchos escollos peligrosos en su seno, que no equivalen al fascismo, sino que son principalmente el rechazo o la incapacidad de realizar el ideal democrático. La democracia moderna no consiste sólo en la utilización del método democrático para la elección de gobernantes por parte de los gobernados, porque el instrumento, en sí mismo, no garantiza las libertades: podemos tener, con la libre elección de gobernantes por parte de los gobernados, una democracia racista, antisemita y xenófoba.

De hecho, me parece que el principal peligro para el futuro de la democracia lo constituyen aquellos demócratas que no realizan el ideal democrático, consagrado en el artículo 3 de la Constitución italiana, eliminando todos los obstáculos y discriminaciones que impiden el libre desarrollo de la personalidad de los ciudadanos. Nos dirigimos hacia la instauración de una «democracia actuante», como yo la llamo, con todos los rituales del método democrático, pero sin el ideal democrático.

A menudo oímos hablar del riesgo de un retorno del fascismo en Italia, pero si analizamos el periodo histórico posterior a la Primera Guerra Mundial, vemos una sociedad muy joven, llena de veteranos, dispuesta a utilizar la violencia para hacer valer sus ideas políticas. ¿Qué importancia tuvo la expansión demográfica en el ascenso del fascismo?

Tuvo mucha importancia. La primera característica del régimen fascista está simbólicamente representada por su himno: «Juventud, juventud». En efecto, la sociedad italiana de la época estaba compuesta principalmente por nuevas generaciones que no se sentían nada cómodas con el sistema parlamentario, sobre todo en la década de los gobiernos de Giovanni Giolitti, desde principios de siglo hasta la víspera de la Gran Guerra, en el que muchos de ellos se habían educado. La aversión al parlamentarismo liberal y burgués no sólo la sentían los fascistas: ya antes de la guerra estaba muy extendida tanto en la derecha como en la izquierda. Me refiero a la generación de Mussolini, Amendola, Nenni, Gramsci, Togliatti. No es casualidad que estos protagonistas de la lucha entre fascismo y antifascismo estuvieran unidos, aunque en frentes distintos, con ideas e ideologías diferentes, por su aversión al sistema liberal giolitano.

Ya hemos hablado del apocalipsis de la modernidad, una visión catastrófica que la guerra hizo realidad. Pero de la experiencia catastrófica de la Gran Guerra, esta nueva generación surgió con una especie de entusiasmo revolucionario por el futuro a conquistar, también y sobre todo por la violencia. En 1919, Antonio Gramsci abogaba por eliminar a la pequeña burguesía corrupta y decadente a hierro y fuego, mientras que los nacionalistas querían eliminar a los internacionalistas bolcheviques. En todas las facciones existía la convicción de que la catástrofe de la guerra no había decretado en absoluto el fin de la época revolucionaria iniciada con la Revolución Francesa, de la época de lucha por la conquista

del futuro; al contrario, son jóvenes que quieren continuar y acelerar una revolución palingenésica para el advenimiento de una nueva civilización moderna. Las dos revoluciones enemigas surgidas de la guerra, el bolchevismo y el fascismo, están impulsadas por esta ambición, que no tiene nada de pesimista. Esto es lo que el fascismo está convencido de poder hacer, y esto es lo que los comunistas están convencidos de poder hacer. A pesar de la catástrofe de la guerra y de las convulsiones de la posguerra, los jóvenes lanzaron una nueva oleada de revoluciones en la creencia de que podían conquistar el futuro: esto ocurrió primero en Rusia, luego en Italia, después en Alemania, pero todo el continente se contagió de una nueva fiebre revolucionaria.

Hoy estamos a una distancia abismal de aquella época. Debemos reflexionar sobre la profundidad de la verdadera revolución antropológica que la Segunda Guerra Mundial produjo en la conciencia y la cultura europeas, cuando desaparecieron por completo los mitos, tan poderosos en el periodo de entreguerras, de la violencia regeneradora, el nacionalismo imperialista y la guerra inevitable en nombre de la lucha entre Estados. Todo esto, que era la esencia del fascismo, ya no existe hoy. A menos que se quiera llamar fascismo al régimen de Putin que ataca Ucrania.

¿Así que el uso del término «fascismo» en este caso es inapropiado? ¿Tiene una razón de ser la idea del fascismo eterno teorizada por Umberto Eco?

Creo que es inapropiada. Utilizar el término fascismo en sentido genérico, como se ha hecho a menudo y se sigue haciendo, aplicándolo al mundo político de las últimas siete décadas, de Truman a Trump, pasando por Nixon, Reagan, Bush hijo, o de De Gaulle a Le Pen, Sadam Husein, Erdogan, Putin, Berlusconi y Salvini, no es más que una mala manera de confundir y dificultar el conocimiento de la realidad en la que vivimos. El conocimiento avanza a través de la distinción, no de la confusión. Si decimos que la China comunista es fascista, que Putin es fascista, que Trump y Bolsonaro son fascistas, ¿qué más aprendemos sobre una realidad siempre cambiante? Y lo más importante, si el fascismo está realmente de vuelta, entonces deberíamos emprender inmediatamente una tercera guerra mundial para eliminarlo, como ocurrió hace ocho décadas. Cuando decimos que hay un retorno del fascismo en Italia, ¿deberían los antifascistas coger la ametralladora e iniciar una nueva resistencia?

Si la teoría del fascismo eterno fuera válida, significaría que el fascismo ha vencido porque nunca puede ser derrotado definitivamente. Sin embargo, incluso Dios -que tiene el atributo de la eternidad- sufrió una derrota que ha durado más de dos mil años, cuando envió a su hijo a la Tierra para enmendar al mundo del mal y, en lugar de ello, lo multiplicó -¡a menudo a manos de los seguidores de su hijo!

¿Es posible extender el fenómeno del fascismo, que es un fenómeno histórico muy específico y típicamente italiano, a la dimensión europea? En otras palabras, ¿son los partidos y movimientos de extrema derecha europeos, en cierta medida, herederos del fascismo?

Dudo que puedan describirse como tales, salvo aquellos movimientos que remiten explícitamente al fascismo, que no son, sin embargo, fuerzas políticas importantes. ¿Es Bossi, que quería romper el Estado nacional y defendía el culto pagano al dios Po, un fascista? ¿O es Berlusconi un fascista al querer una sociedad de vida alegre? ¿Es Vox un partido fascista por querer una sociedad moralmente católica? ¿Cómo se puede decir que el

fascismo está representado por un movimiento católico extremista, cuando en 1939, si no hubiera muerto, Pío XI habría promulgado una encíclica, ya recopilada, para condenar el totalitarismo fascista y declarar el fin de la Conciliación?

Repito, siento la necesidad de claridad y distinción, y apenas me encuentro en el uso genérico y confuso del término «fascismo». Creo que corremos el riesgo de malinterpretar gravemente los fenómenos nuevos al interpretarlos mediante supuestas analogías con fenómenos antiguos. Tomemos, por ejemplo, los partidos que hacen de la antiinmigración la piedra angular de su programa político: sus raíces no están en el fascismo, sino en la tradición secular del populismo en Estados Unidos, que ha sido racista no sólo contra los negros, sino también contra los inmigrantes católicos y judíos. Hay que recordar siempre que el racismo, el antisemitismo y la xenofobia eran fenómenos dominantes en los Estados democráticos, Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña, mucho antes de la Gran Guerra y del fascismo.

Usted ha revalorizado en gran medida la importancia de la otra «revolución de octubre» (la de los fascistas de 1922), rompiendo con las interpretaciones que la calificaban de totalitarismo blando. ¿En qué medida este momento es decisivo para comprender la aproximación fascista al poder, pero también los lugares comunes sobre el fascismo que a menudo lo han retratado como un totalitarismo blando, diferente del estalinismo, el nazismo o incluso el franquismo?

Creo que es un poco difícil seguir pensando que la marcha sobre Roma y la toma del poder por los fascistas fue una farsa o un desfile de idiotas útiles. Me refiero a otros observadores contemporáneos, como el diplomático e intelectual alemán Harry Kessler, que estaba en Berlín cuando Mussolini fue llamado a Italia para formar el nuevo gobierno, y que escribió en su diario el 29 de octubre: “Se establece en Italia un gobierno francamente antidemocrático e imperialista. El golpe de Mussolini puede compararse con el golpe de Lenin en octubre de 1917, pero en la dirección opuesta, por supuesto. Y bien podría conducir a un nuevo período de disturbios y guerra en Europa.” No era un visionario capaz de profetizar el futuro, pero evaluó lo que había ocurrido con la llegada al poder de un partido armado y sus consecuencias más probables.

Cuando el fascismo llegó al poder, ya no había peligro bolchevique desde 1920, pues el Ejército Rojo había sido detenido en Polonia. Desde entonces, el bolchevismo, agotado por la guerra civil aunque victoriosa, el desastre económico y el hambre, tiene que sobrevivir renunciando al comunismo de guerra, y Lenin opta por la nueva política económica, que reintroduce el capitalismo buscando la ayuda de las potencias capitalistas. En 1922, ya no hay planes ni intentos de exportar la revolución comunista a Europa.

Por el contrario, lo ocurrido en Italia marcó el inicio de una oleada de nuevos movimientos nacionalistas revolucionarios, algunos de ellos directamente vinculados al fascismo. Desde la marcha sobre Roma, año tras año, los regímenes democráticos o parlamentarios se derrumbaron bajo la acción de movimientos fascistas o afines, mientras que no hubo ningún intento de revolución o subversión comunista desde 1923. Así, incluso la fábula de que el fascismo salvó a Italia y a Europa del comunismo -fábula pregonada por Winston Churchill- es una trágica leyenda de consecuencias devastadoras. La ola desatada por el fascismo en 1922 continuó hasta la Segunda Guerra Mundial.

¿Qué opina del término «posfascista» que se ha utilizado mucho en el extranjero para describir al partido de Giorgia Meloni, sobre todo en Francia? ¿Esclarece una realidad compleja de la historia italiana o debería abandonarse en favor de otro término?

Sinceramente, no puedo responder a esta pregunta. El término posfascismo puede aplicarse sin duda a quienes son realmente posfascistas, es decir, antiguos neofascistas que han roto con la matriz fascista. Pero, ¿qué significa? Vivimos hoy en una época sin creatividad lingüística, sólo hablamos de post: postmodernismo, postindustrial, postdemocrático. Creo que vivimos en una época incapaz de comprender los nuevos fenómenos y que, al no saber interpretarlos, utiliza el prefijo «post». Somos la era del post-algo. Siempre seremos posteriores a algo, porque es la vida la que siempre es posterior.

Lo que ocurre hoy en Italia es, en mi opinión, una situación que en muchos aspectos dista mucho de ser tranquilizadora porque es caótica, no porque vuelva el fascismo, sino porque gobierna una democracia interina, y además confusa. Hoy tenemos en el poder a los posfascistas que hablan de unidad nacional, del interés de la nación frente al interés particular: pero los posfascistas están aliados a un movimiento, la Liga, que lleva más de tres décadas predicando que la unificación de Italia fue un error, que el Estado-nación es una vergüenza y que hay que demolerlo mediante la secesión o la autonomía. Además, los posfascistas y los miembros de la Liga llevan treinta años aliados con el partido personal de Berlusconi, el partido de la vida alegre, que encarna exactamente lo contrario de la vida espartana y totalitaria del fascismo. Berlusconi ha intentado inventar una Italia del bienestar y la felicidad, [representada por el espectáculo de la televisión](#). Esto no es fascismo, ni siquiera en otras formas. Es difícil decir qué puede salir de esta mezcla ideológica y política.

Hemos intentado acuñar un concepto para describir el gobierno de Meloni: tecnosoberanismo. Este término indica la voluntad de mezclar la soberanía original del movimiento de Meloni con la capacidad de tranquilizar a Bruselas, a los aliados internacionales y a la opinión pública exterior, manteniendo al mismo tiempo una agenda radical de derechas en temas más culturales, dirigida por tanto a la opinión pública exterior. ¿Está de acuerdo con este concepto?

Esta fórmula podría ser aceptable, porque se adapta a la realidad. Encaja bien con la democracia recurrente, porque el tecnosoberanismo conserva el método democrático de la soberanía popular, pero renuncia conscientemente al ideal democrático, estableciendo de hecho una oligarquía de los competentes y de los ricos, como competentes, que predominan inevitablemente en una democracia actuante, donde la competencia electoral requiere cada vez más medios financieros. Una sociedad no puede ser democrática, idealmente, si existe una diferencia cada vez más abismal entre la riqueza en manos de unos pocos y una pobreza cada vez más generalizada. El otro aspecto de la democracia actuante es la tecnocracia: si se parte de la base de que sólo los que tienen competencias técnicas tienen derecho a gobernar, ¿qué sentido tiene el sufragio universal extendido a todos?

En una sociedad en la que la escuela tiene cada vez menos influencia en la formación de los conocimientos y la capacidad crítica de los ciudadanos, y en la que la riqueza extiende la propiedad y el control de los medios de comunicación, la tecnocracia se impone fácilmente en la gestión del Estado. Si a esto añadimos la televisión, la publicidad televisiva, el tipo de

mensaje tecnocrático y alegre que, desde la televisión, envuelve e impregna a la masa del público, podríamos decir que avanzamos hacia una democracia tecnocrática actuante, con los excluidos relegados a las inevitables miserias de la vida cotidiana -como la basura que se amontona en los contenedores y fuera de ellos, esperando a ser recogida-.

Considerado uno de los principales historiadores del fascismo, Emilio Gentile es profesor de Historia Contemporánea en la Universidad La Sapienza de Roma. Sus trabajos se centran en la definición del fascismo italiano, del totalitarismo. Es autor de varios estudios de referencia, entre ellos los siguientes, traducidos al español *El fascismo y la marcha sobre Roma* (EDHASA, 2015) y *Quién es fascista* (Alianza Editorial, 2029). *Storia del fascismo* se publicó en 2022 en la editorial Laterza.